



“Cuando recordamos, todavía hay una parte del corazón que está afectada”. Asignación de sentidos a los pasados de violencia en Colombia*

“When You Remember, There Is Still a Part of Your Heart That Is Hurting”.
Assigning Meanings to the Violent Past in Colombia

“Quando recordamos, ainda há uma parte do coração que está afetada”.
Atribuição de sentidos ao passado de violência na Colômbia

Jorge Andrés Cancimance López

Centro de Estudios Sociales (CES), Universidad Nacional de Colombia
jacancimancel@unal.edu.co

RESUMEN

En el estudio de caso que propongo abordar en este artículo, muestro cómo en Colombia la reconstrucción de la memoria histórica se presenta como un espacio de lucha política —quizás aún más que en otros contextos latinoamericanos o de otros continentes que han pasado por experiencias similares—, dada la condición especial en la que se encuentra, pues los ejercicios de memoria se realizan en medio del fuego cruzado. La masacre del 9 de enero de 1999, perpetrada en la inspección de policía El Tigre (Putumayo, sur de Colombia) por un escuadrón de aproximadamente 150 paramilitares del Bloque Sur Putumayo de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC), y el posterior proceso de reconstrucción de memoria que víctimas y sobrevivientes hicieron de ella en el año 2010, me permitirá ilustrar esa afirmación. La discusión que propongo parte de una preocupación empírica por comprender cómo se producen y reproducen las políticas del pasado en Colombia; cómo se convierte el pasado en dispositivo de construcción narrativa, en tecnología de tramitación de las violencias y en qué sentido el pasado es instrumento emblemático de acción institucional o escenario de lucha de diversos sectores sociales respecto a demandas de verdad, justicia, reparación y garantías de no repetición.

PALABRAS CLAVE

Memoria histórica
Colombia
Putumayo
Masacre
Paramilitares

Recibido: 5 de junio de 2013 / Aceptado: 12 de septiembre de 2013

Cómo citar este artículo: Cancimance López J. A. (2013). “Cuando recordamos, todavía hay una parte del corazón que está afectada”: asignación de sentidos a los pasados de violencia en Colombia. *IM-Pertinente*, 1 (1): 33-56.

* Artículo elaborado a partir de la experiencia investigativa del autor en el proceso de reconstrucción de la memoria histórica sobre la masacre de El Tigre, en el Putumayo (2009-2011). Esta experiencia está vinculada al proceso de investigación para su tesis de Maestría en Ciencia Política

(FLACSO-Ecuador 2008-2010) y el posterior trabajo investigativo que realizó en el Centro de Memoria Histórica de Colombia (2010-2011). Este artículo contiene apartes de su libro *Memorias en silencio: la masacre de El Tigre, Putumayo. Reconstrucción de la memoria histórica en Colombia* (2012).

ABSTRACT

In the case study I suggest addressing in this article, I show how the reconstruction of historical memory is presented as a space of political struggle in Colombia—even more so than in other Latin American contexts or other continents that have gone through similar experiences—given the special condition it is in, as memory exercises are performed in the crossfire. The massacre that took place in January 9, 1999, at the police station of El Tigre (Putumayo, south of Colombia) by a group of approximately 150 paramilitaries from the Bloque Sur Putumayo of the United Self-Defense Forces of Colombia (AUC), and the subsequent reconstruction of memory made by victims and survivors in 2010, will allow me to illustrate this statement. The discussion proposed starts from an empirical concern to understand how policies about the past are produced and reproduced in Colombia; how the past becomes a narrative construction device, a technology for processing violence, and in what sense the past is an emblematic instrument of institutional action or a scenario of struggle for different social sectors concerning demands for truth, justice, reparation and guarantees of non-repetition.

KEYWORDS

Historical memory
Colombia
Putumayo
Massacre
Paramilitary

RESUMO

No estudo de caso que proponho abordar neste artigo, mostro como é que na Colômbia a reconstrução da memória histórica se apresenta como um espaço de luta política — talvez ainda mais que em outros contextos latino-americanos ou de outros continentes que já passaram por experiências similares — devido à condição especial na qual se encontra, já que os exercícios de memória se realizam no meio do fogo cruzado. O massacre do dia 9 de janeiro de 1999, perpetrada na inspeção da polícia El Tigre (no estado de Putumayo, no sul da Colômbia) por um esquadrão de aproximadamente 150 paramilitares do Bloco Sul Putumayo das Autodefensas Unidas de Colômbia (AUC) - *Autodefesas Unidas da Colômbia*, e o posterior processo de reconstrução de memória que vítimas e sobreviventes fizeram dela no ano de 2010, me permitirá ilustrar essa afirmação. A discussão que proponho parte de uma preocupação empírica por compreender como se produzem e reproduzem as políticas do passado na Colômbia; como o passado se transforma em dispositivo de construção narrativa, em tecnologia de tramitação das violências e em quê sentido o passado é instrumento emblemático de ação institucional ou cenário de luta de diversos setores sociais no que se refere a demandas de verdade, justiça, reparação e garantias de não repetição.

PALAVRAS CHAVE

Memória histórica
Colômbia
Putumayo
Massacre
Paramilitares

Introducción

Tal como sostiene Andreas Huyssen (2002), uno de los fenómenos culturales y políticos más relevantes de los últimos años es la emergencia de la memoria como una preocupación central de la cultura y de la política de las sociedades occidentales. Según Huyssen, este giro hacia el pasado contrasta de manera notable con la tendencia a privilegiar el futuro, elemento característico de las primeras décadas de la modernidad del siglo XX. En la historia del siglo XX serán las dos guerras mundiales las que impulsen los primeros discursos analíticos sobre la memoria. Posteriormente, los nuevos discursos sobre la memoria surgieron en Occidente después de la década de los sesenta como consecuencia de la descolonización y de los Nuevos Movimientos Sociales, que buscaban historiografías alternativas y revisionistas para pensar críticamente los fundamentos de la identidad, lo cual vino a promover el giro subjetivo en la Academia, la cual ya estaba mostrando síntomas de reacción frente al estructuralismo. Esta inquietud por la alteridad vino acompañada por los discursos sobre “el fin”: el fin de la historia, la muerte del sujeto, el fin de la obra de arte, el fin de los metarrelatos.

En los contextos latinoamericanos, con pasados violentos traumáticos, asociados a la presencia del terror sistemático del Estado, guerras civiles o conflicto armado interno, la memoria histórica se ha construido sobre la base de consensos y luchas, lo que ha dado lugar a erigirla como objeto de disputa y a la vez como premisa para la transición, consolidación y profundización de la democracia (Arzobispado de Guatemala, 1998; Belay *et al.*, 2004). Desde esta perspectiva, las experiencias del Cono Sur (Jelin, 2002) sin lugar a dudas dejaron un legado extensivo a otros países latinoamericanos que después transitarían hacia gobiernos civiles: la posibilidad de reflexionar y asignar sentidos a los pasados de violencia o represión, es decir, recurrir a la capacidad de pensar y reflexionar política y socialmente sus experiencias represivas, para con ello contribuir al desarrollo y profundización de la democracia, así como también contribuir a la (re) construcción de identidades individuales y colectivas.

Este ejercicio demandó de los Estados la generación de dispositivos institucionales y políticas de la memoria que no solo permitieran alcanzar objetivos de verdad, justicia, reparación y reconciliación, sino que también hicieran posible anunciar el establecimiento de un nuevo “orden democrático” o la primacía de un Estado Social de Derecho (MôBleeker *et al.*, 2007). Entre esos dispositivos, los de las Comisiones de la Verdad y Reconciliación (CVR) figuran como uno de los más experimentados e innovadores (Lefranc, 2004). Dentro de proyectos de este tipo, la memoria se ha constituido en una herramienta

con la cual distinguir y vincular el pasado en relación con el presente y el futuro (Lechner y Güell, 2006, p. 18). Desde luego, dada la existencia de intereses concretos entre los diversos actores involucrados —víctimas, perpetradores e instituciones estatales—, se trata de un proceso conflictivo que permanentemente remite a un espacio de “lucha política” (Jelin, 2002, 2003a y 2003b).

Esta constante invasión del presente por los recuerdos y olvidos de los pasados recientes se puede enunciar como síntoma de una situación de época, en la que la memoria, aquél depósito de huellas vivas dejadas por los acontecimientos que han afectado el curso histórico y biográfico de individuos y grupos (Ricoeur, 2003), adquiere una relevancia notoria en la comprensión del presente. En medio de este contexto, es importante resaltar la complejidad de la dinámica de la memoria, la cual en el presente artículo se abordará reconociéndole al menos dos funciones, que en términos generales pueden señalarse así: una primera función nos acerca a la memoria en su condición de marco colectivo que permite la cohesión social y la reconstrucción del tejido social en contextos de guerra; la segunda lectura nos ubica en otro escenario, y es pensar el carácter político de la memoria, que implica reconocer la función y los usos políticos del recuerdo y del olvido dentro de un campo social de luchas, donde el objeto de disputa son los significados del pasado.

En el marco de estos postulados se sitúa este artículo, el cual recoge apartes de la investigación que realicé en el municipio de Valle del Guamuéz, Putumayo¹ (sur de Colombia, frontera con Ecuador), durante el periodo enero-agosto de 2010 con sobrevivientes y testigos de la masacre del 9 de enero de 1999, perpetrada en la inspección de policía El Tigre por un escuadrón de aproximadamente 150 paramilitares del Bloque Sur Putumayo, de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC) (Cancimance, 2012).

1 El departamento de Putumayo se encuentra ubicado al suroccidente de Colombia. Cuenta con una población de 322.681 habitantes, de los cuales, 148.711 viven en las cabeceras municipales y 173.970 en el resto de zonas (SIDIH-OCHA Colombia, 2009). En la geografía nacional, este departamento

ocupa un área de 24.885 km². Administrativamente está conformado por trece municipios y limita, al norte, con los departamentos del Cauca y Caquetá, al sur con Ecuador y Perú, al occidente con el departamento de Nariño y al oriente con el departamento del Amazonas.

Tocando espacios de dolor: la masacre de El Tigre

Yo pienso que hablar de lo que nos pasó la noche del 9 de enero de 1999 es muy importante porque existen muchas crisis dentro de cada uno, que en cualquier momento, cuando a uno le tocan esos espacios de dolor uno se altera, se pone triste, llora, siente nudos en la garganta. Pero es lógica esa reacción, no fue cualquier cosa la que nos sucedió acá. Por eso nosotros decimos que cuando recordamos, todavía hay una parte del corazón que está afectada.

(Relato 5, taller de memorias, 2010).

El Tigre es una de las seis inspecciones de policía que tiene el municipio de Valle del Guamuéz. Es un caserío que se levanta a la orilla de la carretera Pasto-Mocoa-La Hormiga-San Miguel-Ecuador, proyectada como “vía internacional”.² Esto lo posiciona como corredor fronterizo que sale hacia San Miguel y Ecuador. El proceso de colonización de este territorio empezó a mediados de la década de los cincuenta (1955). Ello responde a lógicas de ampliación de la frontera agrícola, llevada a cabo por grupos de colonos que buscaban “nuevas oportunidades”, cada vez más limitadas en el centro y en la región andina por la violencia política de la época³ y la rigidez de la estructura de la propiedad agraria. El Tigre fue el primer poblado que hacia el año de 1968⁴ se delimitó sobre el valle del río Guamuéz como efecto de los procesos de extracción petrolera que se habían iniciado en 1963, cuando la Texas Petroleum Company descubrió zonas petroleras en los actuales municipios de Orito, Valle del Guamuéz-La Hormiga y San Miguel. Según datos de la Oficina de Planeación Municipal (2010), esta inspección actualmente cuenta con una población de 4560 habitantes distribuidos en once veredas, dentro de las cuales se encuentra un cabildo indígena, un consejo comunitario de negritudes y el casco urbano.

Nosotros sentimos una oscuridad, 9 de enero de 1999

Las fiestas decembrinas de 1998 (navidad el 24 y año viejo el 31) se celebraron en medio de incertidumbres y temores: semanas atrás las AUC, a través de

2 Por la construcción del corredor de transporte multimodal Tumaco-Belem do Pará y la Marginal de la Selva, en el marco de la Iniciativa para la Integración de la Infraestructura Regional Suramericana (IIRSA).

re y el suroccidente del Meta, se han llevado a cabo desde finales del siglo XIX y a lo largo de todo el siglo XX.

3 Los procesos de colonización de la Amazonía occidental colombiana que comprende los actuales departamentos de Putumayo, Caquetá, Guavía-

4 En 1974 este poblado se eleva como inspección de policía (entrevista 008, 2010).

panfletos distribuidos clandestinamente durante la noche, anunciaban su ingreso a la región y amenazaban con exterminar a “colaboradores” y “guerrilleros” de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC-EP). Con esta acción, daban cumplimiento a los lineamientos que se habían propuesto en la Tercera Cumbre Nacional de las Autodefensas Campesinas de Córdoba y Urabá (ACCU) en noviembre de 1996, lineamientos que incluían el confrontar a la guerrilla y “recuperar” territorios donde esta había conformado gobiernos paralelos (González, 2007, p. 252; Ramírez, 2001, p. 265).

Después del 31 de diciembre de 1998 y al ver que “no pasó nada”, la población de esta zona se “tranquilizó” e inició los preparativos del tradicional carnaval de negros y blancos.⁵ Las festividades se extenderían hasta el 10 de enero. Después de este día, las familias retomarían sus habituales labores cotidianas, los estudiantes y profesores regresarían a sus escuelas y colegios, los visitantes volverían a sus ciudades y pueblos y la población flotante de aquella época —de auge cocalero— continuaría con sus actividades de cosecha. Eran años “de mucho movimiento poblacional, El Tigre tenía vida y se miraba el desarrollo” (relato 2, taller de memorias, 2010).

En esa época yo calculo que entre El tigre y Guadualito había unas siete mil personas. Incluso, dado el progreso de este pueblo, estábamos pensando en elevar a municipio a El Tigre. Aquí el mercado era excelente, se mataban 25 reses el domingo, y todo se vendía, a las 11 de la mañana no había nada. El comercio era bueno, había mucha gente y para todos había trabajo. (Relato 8, taller de memorias, 2010)

Sin embargo, la noche del 9 de enero de 1999⁶ las AUC hicieron efectivo su anuncio:

Esa noche, ellos masacraron a la gente con machetes, cuchillos, hachas y pistolas; las descuartizaban y las echaban al río. Ese día nosotros sentimos una oscuridad. No estábamos preparados para algo así. Aquí la gente se amanecía festejando, porque nunca había pasado algo así. Pero ese día llegó. Ya habían

5 Fiesta popular tradicional del suroccidente colombiano. Este carnaval tiene sus orígenes en la ciudad de Pasto, en el departamento de Nariño y conjuga toda la tradición y el sincretismo de la cultura urbana de principios del siglo XX con las tradiciones campesinas y afrodescendientes, con elaboración de motivos alegóricos en carrozas, comparsas, desfiles y disfraces, acompañados de música, danzas y divertimentos populares. Se celebran durante los días 4, 5 y 6 de enero y son parte de las celebraciones de comienzo de año en la región. Por la movilidad de los habitantes, los carnavales se

han trasladado a varias regiones cercanas al departamento de Nariño dependiendo de las condiciones históricas de las migraciones.

6 En esta misma fecha, el gobierno de Andrés Pastrana (1998-2002) instalaba oficialmente los diálogos de paz con la guerrilla de las FARC. A su vez, los paramilitares daban por terminada la “tregua navideña” incursionando con masacres en diversos puntos del país.

pasado las fiestas de navidad, pensamos que ya nada pasaría, pero no fue así. No lo esperábamos. Esto dejó al pueblo en ruinas. (Relato 3, taller de memorias, 2010)

Sobre las once de la noche y en varias camionetas blancas 4 x 4, entraron al pueblo por la vía Mocoa-La Hormiga. Según testimonios de sobrevivientes, los paramilitares venían desde Puerto Asís, donde las AUC estaban desde el año 1997 (Ramírez, 2001, p. 22). Los asesinatos y la quema de carros empezaron en el matadero de ganado, que en 1999 quedaba a la entrada del caserío:

Yo le puedo decir que sólo llegaron, no sé cuantos fueron [...] bajan de sus camionetas y encuentran una vaca amarrada a la entrada del matadero y le pegan un tiro porque se les tiró a ellos. También quemaron el carro de uno de nuestros compañeros. A los que estábamos trabajando aquí nos dieron la orden de tirarnos al suelo boca abajo. Los vamos a matar por guerrilleros, nos decían. En ese momento ellos se entretuvieron y yo me tiré al caño, yo solo corrí y los demás quedaron ahí. Yo amanecí en el monte y al otro día, cuando regresé a casa, todos mis amigos estaban muertos. Con los que pesaban la carne, empezaron la masacre. (Relato 4, taller de memorias, 2010)

El recorrido continuó hacia el centro del poblado [calle principal]. Allí, donde se concentraba toda la actividad comercial, los paramilitares empezaron a sacar violentamente a todas las personas de las cantinas y los billares. Asimismo, se desplegaron por todas las entradas del pueblo, y como a esa hora ya estaba suspendido el servicio de energía, un grupo de ellos se dirigió hasta el lugar de la planta y obligaron a su operario encenderla de nuevo. Simultáneamente, irrumpieron en varias casas y obligaron a sus habitantes a salir a la carretera principal, siempre bajo amenazas, agresiones físicas y verbales:

El día de la masacre nosotros ya estábamos durmiendo, cuando llegaron y tocaron la puerta, pero yo no puse cuidado, entonces al lado de mí casa vivían unas vecinas ecuatorianas que tenían la mamá enferma, y una de ellas me llamó muy angustiada. Entonces yo pensé que la mamá estaba enferma y yo saqué la cabeza por la ventana, miré hacia el lado donde ellas vivían, y no había nadie. Entonces, cuando yo regresé a mirar para el otro lado, me encontré con algo que tropezaba la cabeza ¿que era? el cañón de una pistola. Estaba un señor de civil, me dijo ¡hijuetantas, abra la puerta, ábrala ya! Yo abrí la puerta y ellos entraron. Le dije a mi esposo, Negro, levántese que es el ejército, porque los otros sí estaban camuflados. Mi esposo salió, uno de los

“Cuando recordamos, todavía hay una parte del corazón que está afectada” ...

camuflados lo encañonó y le preguntó por nuestra habitación, él le dijo por acá. El que me estaba encañonando nunca dejó de hacerlo. Preguntaron por otras dos piezas en las que estaban mis hijos, y yo les dije que se levantaran porque había llegado el ejército. Uno de ellos me dijo, nosotros no somos del ejército, somos de las AUC [...] Nos insultaban [...] nos decían que nos iban a volar los sesos [...] nos robaron algunas pertenencias, joyas, plata [...] Después de que empacaron unas armas en unas sábanas se llevaron a mi esposo y a mis hijos [...] a la calle central. Allá [...] reunían a toda la gente, eso era como a la suerte de una ruleta. (Relato 5, taller de memorias, 2010)

Solo hasta el momento en que los paramilitares empezaron a escribir en las paredes de algunas casas “AUC presentes”, o por los brazaletes de algunos de los perpetradores con la insignia AUC, los pobladores de este sector reconocieron que se trataba de este grupo armado. La idea inicial de los pobladores era que este grupo de hombres pertenecía al ejército nacional. Sus camuflados y armas eran elementos de asociación con la fuerza pública. Además, meses atrás, el ejército había incursionado en el caserío de un modo similar (entrando violentamente a algunas casas), de ahí que se estableciera esta relación:⁷

Yo estaba en embarazo y me faltaban 20 días para tener el bebé. Cuando ya nos habíamos acostado, sentimos que tocaban las puertas y decían, salga todo el mundo de las casas o les tumbamos las puertas y les quemamos las casas. Yo le dije a mi esposo, eso es el ejército, porque meses antes ellos entraron a unas casas de la misma forma. Mi esposo dijo quedémonos callados. (Relato 3, taller de memorias, 2010)

La orden que impartieron a la población, abruptamente “reunida”, fue la de hacer filas a lado y lado de la calle principal. Hombres y mujeres fueron maltratados física y verbalmente, sin embargo solo a los primeros los mandaron a conformar un círculo en el centro de la carretera y los obligaron arrodillarse y permanecer en completo silencio, para después, a través de una selección indiscriminada, decidir si les permitían vivir o morir, sobre la asignación genérica de ser “colaboradores de la guerrilla” y milicianos. Ser hombre, joven y campesino, significó en esta masacre un “estereotipo del enemigo” suficiente para desplegar sobre estos sujetos actos de violencia y humillación.

7 Para 1999 la fuerza pública (Policía-Ejército) no tenía base en la inspección de El Tigre. Su presencia era intermitente. Ocho años después de la

masacre (en el 2007), se estableció una subestación de policía, adscrita al V Distrito departamental (La Hormiga).

Se turnaban para matar, cada uno escogía a sus víctimas, cada cual tenía sus víctimas y sus formas de matar. Unos utilizaban linternas y a los que alumbraban los subían a los carros y los mataban. Otros contaban de uno a tres, y el tres era matado. Otros llenaban las camionetas de hombres y en el puente del río [Guamuéz] les abrían el pecho con hachas y los lanzaban al agua. No querían que los cuerpos rebotaran, sino que se perdieran en el fondo. (Relato 2, taller de memorias, 2010)

Según entrevistas que he llevado a cabo con sobrevivientes de esta masacre, hubo participación de un “informante” que durante la noche del 9 de enero de 1999 daba indicaciones a los paramilitares. Pero estas indicaciones nunca fueron sobre nombres concretos de personas, sino sobre cuatro casas, es decir, no existió un listado de los presuntos “guerrilleros” y “auxiliares de la guerrilla”. Las víctimas directas de esta masacre —todos hombres— fueron seleccionadas en el momento mismo de la incursión paramilitar, de ahí que los pobladores enfatizan en que “más que matar a guerrilleros o milicianos lo que querían hacer los paras era implantar el terror” (relato 8, taller de memorias, 2010).

Ellos querían dejar en cenizas este pueblo

Sobre esta misma vía del poblado, en el centro, los paramilitares incendiaron las dos primeras casas, en las que funcionaban sendas cantinas,⁸ sosteniendo que sus dueños eran colaboradores de la guerrilla. Los pobladores reconocen que estos eran sitios frecuentados por la guerrilla y los milicianos, pero también afirman que eran sitios de encuentro familiar donde campesinos y campesinas compartían los fines de semana, después de las extensas jornadas laborales en sus fincas. Por lo tanto, no están de acuerdo con la acusación que los paramilitares lanzaron sobre los propietarios de estos inmuebles.

Ellos destruían las casas a bala. Traían fusiles, granadas, armas que cargan los militares. Las cantinas fueron quemadas con todo el mobiliario. Incluso una de esas casas la querían quemar con la gente adentro. Pero uno de ellos evitó que hicieran eso. Esa cantina fue quemada porque encontraron unas armas en

8 Las cantinas eran sitios de celebración, donde el alcohol (cerveza, ron, aguardiente) era la bebida que permitía el encuentro entre hombres, mujeres y grupos familiares. Estos sitios se diferenciaban de las fuentes de

soda (locales atendidos por mujeres en el oficio de meseras) y de los bares (prostíbulos) que eran frecuentados solo por hombres.

alguna mesa, entonces los paramilitares dijeron que ese lugar era refugio de milicianos y que por eso lo quemaban. (Relato 6, taller de memorias, 2010)

Otras dos casas ubicadas en distintos lugares del poblado fueron incendiadas bajo la misma acusación a sus dueños: ser milicianos o tener relaciones económicas o afectivas con la guerrilla:

En la casa sobre la vía a Maravélez, supuestamente había vivido un miliciano, y por eso la quemaron. Ellos [los paramilitares] tenían esa información. En esta casa funcionaba una tienda, vendían gasolina y cilindros de gas, los dueños eran habitantes de El Tigre muy conocidos por todos. Este incendio fue muy grande y produjo una explosión. La otra casa, que queda por la vía a la Hormiga, la quemaron porque un joven que era creyente y que esa noche estaba visitando a su novia, fue relacionado por los paras como un miliciano. Los paras sacaron a las dos mujeres de esa casa (novia y madre de la novia) y la quemaron con todas las cosas dentro. Era una casa de madera muy bien construida. La decisión de los paras era descontinuar este pueblo. (Relato 2, taller de memorias, 2010)

El propósito de los paramilitares de “descontinuar el pueblo” cobró más relevancia cuando intentaron destruir un carrotanque de gasolina. Así se recuerda esta acción:

En este pueblo había un carro-tanque de gasolina que le vendía a la cooperativa de transporte de acá. El dueño, que en el momento de la masacre estaba donde una vecina, al ver lo que estaba pasando, y que esto era grave y podía agravarse más, se tiró al aljibe y ahí se estuvo quietico. Antes de tirarse, él logró cerrar las llaves del tanque de gasolina y esconder las llaves. Los paramilitares preguntaban que dónde estaba el dueño del carro, pero nadie daba razón. Uno de los paramilitares dijo, péguenle un tiro a ese carro para que se prenda. La idea de ellos era coger el carro de gasolina, regar la gasolina por todo el pueblo e incendiar todo el pueblo. Ellos querían dejar en cenizas este pueblo. El carro quedó allí con las llaves cerradas y nunca pudieron sacar ni siquiera un galón de gasolina. No le pegaron el tiro porque uno de ellos mismo dijo, no lo hagan porque ni nosotros quedamos vivos si eso estalla. En ese momento reaccionaron y dejaron el carro y decidieron irse en sus camionetas. (Relato 2, taller de memorias, 2010)

Los que viven en el río, los lugares de la muerte

Sobre las dos de la mañana del 10 de enero (domingo, día de mercado), después de permanecer por tres interminables horas de horror, las AUC abandonaron el pueblo, no sin antes advertir que en 24 horas regresarían a asesinar a todos los habitantes de El Tigre, y ordenar a las personas que estaban sobre la calle central no moverse de ese sitio (no hablar, no correr, no seguirlos durante la siguiente media hora).

El trayecto seguido por este grupo durante la masacre marcó unas rutas de terror para la población, particularmente relacionadas con la distribución de cadáveres en dos lugares: En el primero —a la salida del caserío—, los paramilitares construyeron en la mitad de la calle un círculo con sus víctimas fatales. Esta disposición de los cuerpos —en un espacio público— tiene una dimensión punitiva: “castigar” ejemplarmente a las víctimas y hacer un ejercicio de irregular soberanía. En el segundo —puente sobre el río Guamuéz— los cadáveres fueron lanzados al río en un acto que pretendía hacer desaparecer el cuerpo de las víctimas y con ello prolongar indefinidamente el momento de la masacre. Para sobrevivientes y habitantes de este poblado que no fueron sacados de sus casas (por estar distantes de los sitios de concentración de la muerte), pero que sí sintieron los disparos y al día siguiente salieron a observar qué había pasado, estos dos lugares representan la crueldad de sus verdugos, y siempre estarán en sus recuerdos como sitios siniestros.

La disposición de los cuerpos —en cada extremo del caserío— y los vejámenes a los que fueron sometidas las víctimas, no solo delimitaron una frontera perversa y terrorífica, sino que provocaron crisis en los referentes de sentido y de protección de la comunidad, la despojaron de los recursos comúnmente utilizados para explicar y afrontar los acontecimientos (Bello *et al.*, 2005, p. 15):

A la salida de la Hormiga encontramos 7 cuerpos. Todos eran hombres jóvenes. Estaban sólo con ropa interior. Eso era muy doloroso porque los paramilitares habían dejado un círculo con los cuerpos en la mitad de la calle. Las cabezas de los muertos estaban hacia dentro del círculo. Todos tenían un disparo en la frente. (Relato 3, taller de memorias, 2010)

Sobre el puente del río Guamuéz, nosotros logramos recuperar siete cuerpos. Esos cuerpos estaban abiertos por el tórax. Otros estaban degollados. Lo que nos contaba un muchacho que logró salvarse porque se tiró al río antes de que lo mataran, era que los paramilitares empezaban a bajar a cada persona de las camionetas y con hachas y cuchillos abrían el estómago. Les enterraban el

“Cuando recordamos, todavía hay una parte del corazón que está afectada” ...

cuchillo en el estómago, al filo del ombligo, y recorrían con él hasta el cuello, luego los lanzaban al río. Así estaban todos los cadáveres que encontramos en el río. No sabemos cuántas personas más echaron al río, por eso decimos los que viven en el río. Es incontable saber cuántas personas viven en este río. Eso nos da mucha tristeza. Nosotros encontramos este puente lleno de sangre, y algunas cosas de los muertos, como chanclas, o ropa, estaban tiradas a lo largo del puente. (Relato 3, taller de memorias, 2010)

Fueron muchas vidas las que se perdieron en esa masacre

Entre los casos más recordados durante la masacre, los pobladores destacan la muerte de dos jóvenes de la región, a quienes los paramilitares rotularon en el momento de la irrupción armada como milicianos de la guerrilla:

Los paracos, luego de incendiar una de las casas acá en la calle principal miraron que en la casa de enfrente se asomaban algunas personas, entonces ahí fue de donde sacaron a los dos muchachos que mataron hacia la vía del cementerio viejo. Decían que eran milicianos y a los muchachos les decían que si se querían salvar debían correr. Ellos corrieron y ahí los mataron, ellos pensaron que era verdad, pero no fue así. [...] Los persiguieron hasta matarlos. (Relato 6, taller de memorias, 2010)

Uno de ellos era un estudiante universitario que por temporada de vacaciones visitaba a su familia. Después del 10 de enero retornaría a sus actividades (viajaría a Pasto, Nariño donde realizaba sus estudios). Su madre,⁹ luego de unas vacaciones fuera de El Tigre, regresaba la noche del 9 de enero para despedir a su hijo. Sin embargo, no le fue posible llegar aquella noche, pues en el punto que se conoce como Santana, la brigada XXIV del Ejército Nacional impuso un retén que impedía avanzar hacia Orito y La Hormiga, argumentando “inconvenientes en el camino” (relato 9, taller de memorias, 2010). Este retén se levantó el 10 de enero, sobre las ocho de la mañana. Estas horas coinciden con las de desarrollo de la masacre. De ahí que Amnistía Internacional, en su informe de 2004, haya señalado la colaboración de esta briga-

9 Esta mujer al llegar no solo se encontró con su tragedia familiar, sino con una tragedia comunitaria, la de sus amigos y vecinos. El sentimiento de culpa por no haber estado presente esa noche, por no haber logrado impedir que sus hijos salieran esa noche a festejar o por no haberles arrebatado de

las manos de los paramilitares a sus familiares, es constante no solo en esta madre, sino en muchas otras que perdieron a sus hijos, esposos, hermanos, amigos y vecinos.

da y de algunos agentes de la policía en la masacre (Amnistía Internacional, 2004, p. 20).

El retén da cuenta de lo que Semelin (2004) ha denominado como la complicidad y/o indiferencia del entorno, que posibilita la creación de espacios cerrados, creados por el cercamiento del lugar donde debe desarrollarse la acción. “En el interior de este espacio cerrado todo es posible: la violencia puede sobrepasar todos los límites” (Semelin, 2004, p. 63). Aún no se ha logrado esclarecer cómo un grupo de aproximadamente 150 hombres armados pertenecientes a las AUC consiguió transitar la noche del 9 de enero de 1999 por la vía Puerto Asís-La Hormiga, y logró realizar durante más de tres horas las acciones que he venido relatando, si para ese momento existían dos retenes militares por los cuales cualquier persona debe pasar antes de entrar a El Tigre:

Ese día veníamos desde Bolívar, Cauca, acabábamos de pasar las vacaciones y las fiestas de fin y año nuevo. El recorrido era Bolívar-Pasto-La Hormiga. Cuando llegamos a un punto que se llama Santana, donde hay un cruce para entrar a Puerto Asís y otro para La Hormiga, el ejército nos retuvo. Ningún bus podía pasar hacia La Hormiga. Tuvimos que amanecer allí. Antes de llegar al Tigre, al caserío como tal, dijo un señor que estaba sentado al lado de una ventana, aquí se ve un muerto; luego otro señor dijo acá hay dos. Es decir, veníamos encontrando muertos regados por la carretera. Cuando llegamos a la entrada del caserío, después del puente, el conductor paró el bus y dijo que no podía seguir avanzando. Tuvimos que bajarnos y trasbordar nuestras cosas. Empezamos a mirar casas quemadas. El pueblo estaba solo. Encontramos muchos cadáveres [...] Teníamos que pasar por encima de todo eso. [...] El pueblo estaba muy solo. Yo sentía miedo, no sabíamos qué podíamos encontrar más adelante. Se escuchaba que los paramilitares habían entrado a hacer “limpieza”, que iban a acabar con todos los guerrilleros y milicianos. (Entrevista 005, 2010)

Con base en este caso y otros tantos que llegan a los recuerdos de los y las habitantes de El Tigre, se señala la condición de población civil de quienes fueron asesinados y se demanda esclarecimiento histórico, memoria, verdad, justicia y reparación:

Mucha gente dice que aquí, incluso a mí me dijo una vez un paraco, ¿A usted por qué le duele? ¿Por qué le da miedo?, si a usted por lo menos no le mataron a nadie y todos los que mataron eran guerrilleros. Que le digan eso a uno, cuando uno sabe que realmente aquí no mataron guerrilleros, es muy triste.

“Cuando recordamos, todavía hay una parte del corazón que está afectada”...

Aquí mataron gente que era del pueblo, que trabajaban, que era gente buena, ni si quiera gente mala. (Relato 7, taller de memorias, 2010)

El Tigre: ¿un pueblo fantasma?, 10 de enero de 1999

Con la salida de las AUC de El Tigre, un “silencio profundo” habitó el lugar de los hechos. Una hora después (sobre las tres o cuatro de la mañana) las mujeres (y algunos hombres que sobrevivieron a la masacre), atemorizadas por toda “la sangre derramada” y la orden de permanecer en silencio, comenzaron a “moverse” y hablar. Dimensionando la magnitud de la masacre, empezaron a buscar a sus familiares (esposos, hijos, padres, hermanos) y amigos:

Después el pueblo se puso en movimiento, pero con miedo y terror. A pesar de eso, nos reunimos por grupos y empezamos a buscar a nuestros seres queridos. Hacía la vía de Orito encontramos unos cadáveres, en el puente había mucha sangre lo que nos hizo suponer que habían muertos, y los otros los hayamos en la vía a La Hormiga. (Relato 9, taller de memorias, 2010)

Simultáneamente, inició el éxodo de más de cien familias hacia La Hormiga y Puerto Asís (Putumayo), Pasto (Nariño), Pitalito (Huila) y Lago Agrio (Ecuador). Existía el temor de que las AUC cumplieran su anuncio de regresar en veinticuatro horas.

Sobre las siete de la mañana del 10 de enero, la persona encargada de la venta de servicio de llamadas de la empresa Telecom se comunicó con la presidenta de la Cruz Roja del municipio para solicitar ayuda. De este modo, en La Hormiga se conformó una delegación entre el cuerpo de bomberos, la Cruz Roja y la inspectora de policía, quienes se movilizaron hasta El Tigre a verificar lo ocurrido. Este equipo llegó sobre las nueve de la mañana, y lo primero que encontraron fue el círculo de cadáveres a la entrada del caserío (sobre la vía La Hormiga-El Tigre).

Era un día demasiado soleado. Después de que nos contactamos con el Alcalde y que él nos hubiese facilitado un carro para ir hasta El Tigre, salimos en comisión, conformada por los bomberos y la inspectora. Cuando llegamos al Tigre, eso fue impresionante. Los muertos del círculo estaban en pantalonetas y con las manos hacia arriba. No sabíamos qué hacer, pero de repente empezamos a anotar en una libreta los datos de las personas fallecidas. De ese modo hicimos un levantamiento de cadáveres. Estos datos los tomamos con

base en los documentos de identificación que algunos cuerpos tenían. Otros cadáveres eran identificados por los mismos pobladores [...] Varios de ellos no pudimos saber quiénes eran, porque no tenían documentos y nadie los conocía. Eran personas que llegaban a estos lugares a trabajar en los cultivos de coca. A toda la gente la sacaron de sus casas casi que en ropa interior y por eso no tenían los documentos. (Entrevista 004, 2010)

Las labores de levantamiento de esta comisión, con la ayuda de algunos pobladores de El Tigre, se extendieron durante todo el día. El temor y el silencio fueron una constante en este proceso. Las casas permanecieron cerradas y el transporte no prestó servicio. Los cadáveres fueron llevados hasta la galería de este poblado —ubicada en la calle principal—, y en este lugar, las mujeres y hombres de El Tigre —con ayuda de médicos de clínicas privadas de La Hormiga— cosieron los cuerpos que la población sacó del río Guamuéz, y arreglaron los cadáveres que se trajeron de los diferentes lugares donde fueron dejados por sus perpetradores.

Nadie quería ayudarnos a transportar los cuerpos. Nadie nos contestaba, todas las casas estaban cerradas. Como si nadie viviera ahí. Fuimos hasta la empresa de Cootranstrigre, pero el señor nos comenta que los paramilitares les habían prohibido sacar los carros. Luego nos contactamos con una señora a la que le habían matado a su esposo que era carnicero y tenía un carro, ella en medio de su dolor nos prestó el carro y de ese modo logramos levantar los cuerpos. También recuerdo que se utilizó una carreta que transportaba la carne de las vacas. Había muchos cadáveres. Entonces empezamos a recogerlos y todos cogidos de la mano avanzábamos. (Entrevista 004, 2010)

Reunimos todos los cadáveres y los llevamos a la plaza de mercado. Autoridades ninguna, la inspectora que había en ese tiempo vivía en otra vereda. Luego vino el cuerpo de bomberos, la cruz roja y la inspectora de La Hormiga, pero no vinieron ni la policía, ni los jueces, ni los fiscales. Entre los más valientes nos dimos en la tarea de arreglar los cadáveres, de coserlos, para entregarlos a las personas que quisieran llevarlos. (Entrevista 008, 2010)

La comisión gestionó los féretros con la alcaldía municipal. Los muertos fueron velados en espacios reducidos solo a la presencia familiar, sin la compañía de la comunidad como se acostumbra en la región en los procesos de duelo. Los cadáveres no identificados fueron enterrados en tumbas como NN.

Fue tal la tragedia, que algunos de los familiares que lograron identificar sus muertos los dejaron encerrados en la casa listos para enterrarlos, pero se fueron, porque ¿quién velaba los cadáveres frente a la amenaza de un nuevo ingreso de los paramilitares? Luego, al día siguiente regresaban, sacaban los cadáveres y los enterraban, pero sin velorios, sin gente. Otros cadáveres que enterramos nunca supimos quienes eran porque muchos apenas habían llegado la noche anterior. Normalmente se hace un velorio, se reúne la comunidad, se acompaña a los familiares y al muerto durante toda la noche, al día siguiente se hace la bóveda o el hueco y se lo entierra. Se acompaña el cadáver hasta la tumba. Luego de enterrarlos se hace un novenario. Nada de esto fue posible. (Entrevista 008, 2010)

La jornada del 10 de enero de 1999 culminó con el levantamiento de veintiocho cadáveres y con el registro, no determinado, de personas desaparecidas. Sin embargo, existen problemas para la cuantificación de las víctimas y su identificación. A El Tigre nunca llegaron las autoridades judiciales encargadas de la realización oportuna de autopsias, la recopilación y análisis de todas las pruebas materiales y documentales, y la recepción de las declaraciones de los testigos. Estamos pues ante la inexistencia de pruebas importantes para el esclarecimiento de la masacre, así como también de inventarios de daños y pérdidas sufridas por las víctimas.

En la caseta nos cogimos de la mano y empezamos a orar porque no sabíamos qué hacer. Reunidos en este lugar, cada familiar llevó sus muertos a sus casas y los veló durante dos días, eran velorios con muy poca gente, los muertos estaban solos. El Tigre estaba quedando vacío, la gente solo quería salir, irse. (Entrevista 004, 2010)

Nos tocó normalizarnos a nosotros mismos

Después del 10 de enero de 1999 en El Tigre solo quedaron doce familias. Las estrategias de estos “pocos” pobladores para resistir (protegerse), no solo a las nuevas amenazas del ingreso paramilitar, sino a la “soledad” del pueblo, fue estar unidos, darse apoyo mutuamente y no abandonar el caserío. Ante el rumor de nuevos ataques, las familias iban y venían entre El Tigre, Orito y La Hormiga. Permanecían durante el día en el pueblo y en la noche buscaban fincas cercanas para quedarse a dormir. Apenas sentían la llegada de carros se encerraban en sus casas. Esta situación se prolongó por más de tres meses.

Era un pánico horrible. Los que quedamos nos uníamos entre vecinos. El comentario era que regresarían. Ese miedo nos tenía sin saber para donde coger. Se llegaban las 6 de la tarde y todas las calles quedaban vacías y las casas cerradas. Nadie salíamos. Era un momento donde la gente se mantenía en el día, pero en la noche buscaba a donde irse. (Relato 2, taller de memorias, 2010)

Esperar en el pueblo a ver qué pasaba; no tener adónde ir; no querer abandonar las “pocas” pertenencias que se habían logrado; no dejar al vecino solo, e insistir en que esta región les pertenece (arraigo territorial), fueron los principales motivos para no desplazarse:

Uno no podía ni salir a trabajar. El pensamiento de uno era ¿cuando me tocará [morir] a mí? Tener que desalojar el rancho durante la noche o el día, eso era una angustia permanente. A veces uno quería irse, pero no había quien le dijera a dónde. Tocaba acostarse y estar a cada rato despertándose, así se pasaba la noche. Después que pasan las semanas uno ya piensa que no le va a tocar morir ¡Parece que me quedé! como cuando uno tiene un viaje, y pasó el carro y no lo lleva, uno dice, esto como que no convino el viaje. Uno mismo se consolaba, se ponía hablar entre vecinos. Eso fue, nos fuimos llenando de valor y nos tocó normalizarnos a nosotros mismos. Fuimos llegando como a una normalidad, nos tocó retomar valores. (Relato 2, taller de memorias, 2010)

Si nosotros nos hubiésemos ido, este pueblo no existiría hoy en día

El valor de las familias que se quedaron en El Tigre después de la masacre, es reconocido por los pobladores-sobrevivientes de esta inspección como un acto de fuerza y valentía. No solo por haber afrontado ese miedo que invadía a todo el colectivo, sino porque fue esta acción la que permitió que algunas familias desplazadas por la masacre retornaran y se pensara colectivamente en una posibilidad de *rehabitar* El Tigre, a pesar del terror y de la ausencia de instituciones estatales que pudiesen atender los efectos de la masacre, desplegar acciones de protección (seguridad) y reparación.

Yo pienso que si nosotros nos hubiésemos ido este pueblo no existiría hoy en día. Gracias a Dios que nos dio ese valor de quedarnos en medio de ese miedo, de esa soledad, y con la amenaza de que [los paramilitares] regresarían. Quedarnos significó el regreso de nuestros vecinos, porque muchas familias abandonaron el pueblo. Estas familias que se fueron la pasaron muy mal, no

“Cuando recordamos, todavía hay una parte del corazón que está afectada”...

era lo mismo tener la casa para después no tener nada. En los sitios donde llegaban pasaban muchas necesidades, por eso también retornaron a su lugar de origen. (Relato 3, taller de memorias, 2010)

La población optó por el silencio, el cual adquirió diversos matices y formas según pasara o se viviera el tiempo, opción que les permitió sobrevivir, no sólo a los recuerdos intrusivos y dolorosos de la masacre, sino a todo el proceso de violencia extrema experimentada con la llegada de las AUC en el año 2001. El silencio también aportó a aquello que un poblador denominó como la “elaboración de duelos no acompañados”.¹⁰

Con la masacre, nosotros hemos tenido que desarrollar una actitud de duelo no acompañado, porque nosotros hemos vivido muy abandonados [del Estado]. Desde lo que pasó acá, nosotros lo hicimos solos, acá fuimos muy valientes, muy fuertes. Pasaban las cosas, y nosotros nos ¡parábamos y seguíamos!, porque ¿qué más podíamos hacer? Aquí no había presencia de ninguna entidad que viniera a ver la situación de los derechos humanos. Nosotros ya hemos hecho un duelo, enterramos nuestros muertos, hicimos nuestro duelo a nuestra manera. Nuestro pueblo, como sea, ha hecho un duelo y se está recuperando, nos hemos unido y nos hemos cogido de la mano y hemos dicho, vamos a salir adelante. (Relato 9, taller de memorias, 2010)

¡Nuestro pueblo fue azotado, fue pisoteado, fue vuelto tierra!

Esta es la expresión que más podría acercarse a los sentimientos de indignación, tristeza, dolor y rabia, que genera en los pobladores de El Tigre recordar la masacre del 9 de enero de 1999. A la luz de estos sentimientos, se exige el ¡nunca más! y se demanda el esclarecimiento histórico, que consiste en reivindicar la condición de civiles de las personas asesinadas y superar la estigmatización que sobre esta población ha recaído desde la década de los ochenta: “ser un pueblo de guerrilleros”:

¹⁰ Los duelos no acompañados se refieren a esos procesos silenciosos que la comunidad y los individuos establecieron como elementos de resistencia para resignificar las múltiples experiencias traumáticas vivenciadas por la masacre. El no acompañamiento se refiere a la no existencia de entidades estatales y/o sociales que facilitarían escenarios terapéuticos de las reacciones traumáticas. Desde esta perspectiva, la afirmación duelos no acompañados

no debe leerse en términos de una psicoterapia de las reacciones traumáticas para la elaboración de culpas y duelos. Los pobladores lo reconocen cuando afirman que aún sienten dolor cuando recuerdan o pasan por los lugares de la muerte. Incluso, enfatizan en esos nudos de la garganta, en ese algo que les amarra la lengua, en los llantos que todavía les produce el recordar.

Lo único que queremos es que eso no se repita y que se haga justicia. Que por encima de todo se haga justicia, ¡porque nuestro pueblo fue azotado, fue pisoteado, fue vuelto tierra! No podemos permitir que un grupo de vándalos que hizo y deshizo con las pocas personas tan inocentes que hay en este pueblo, se vuelvan a reorganizar y nuevamente quieran volver a complicar la situación. (Relato 8, taller de memorias, 2010)

Trece años después, la población de El Tigre no desconoce la posibilidad de denunciar los vejámenes a los que fueron sometidas; sin embargo, aún permanece sobre la región la represión y la amenaza. No existen garantías para que las víctimas accedan a derechos como la verdad, la justicia y la reparación. Asimismo, la población no ha podido conocer el perfil de los homicidas (quiénes fueron). Saben que fue un grupo de paramilitares —representados como “salvajes”—, pero no saben a qué personas concretas imputarles el hecho.

Ningún paramilitar ha dicho nada sobre esta masacre, nadie acepta cargos. No admitimos, ni sabemos por qué esto está impune. Nosotros hasta ahora no hemos denunciado esto. Es difícil hacerlo porque uno piensa que puede ser una víctima más que venga a dar a este río [Guamuéz] de la misma manera como hicieron con nuestros amigos y familiares, el día de la masacre. Por eso no demandamos. Otra cosa es que no sabemos quiénes fueron, sabemos que fue un grupo, pero no sabemos qué personas fueron. (Relato 3, taller de memorias, 2010)

La asignación de sentidos a los pasados de violencia

A lo largo de este artículo quise defender —a través de un estudio de caso—, la idea de que retornar al análisis de la memoria en su papel de cemento social que otorga densidad grupal, nacional o familiar, puede resultar valioso para nuestros presentes nacionales. Con violencias y traumas reciclados de esta manera, el recuerdo colectivo puede convertirse en un dispositivo cohesionador. Que esto sea así, en un contexto como el colombiano, implica pasar por el compromiso del cuerpo social, que este acepte como un deber moral —en términos kantianos— el reconocimiento de las víctimas del conflicto y su consecuente reparación.

El asunto está en que no bastan los marcos colectivos de las instituciones o de los grupos para garantizar ese deber moral memorial. Es necesaria la pre-

sencia de diversos agentes sociales y políticos que reclamen su papel legítimo como motores de la memoria. En ese sentido, si bien es importante reconocer el papel cohesionador del recuerdo, lo es también promover la memoria como un lugar para la resistencia contra los olvidos impuestos impunemente. Ese papel protagónico ha de corresponderles a nuestras víctimas, sobrevivientes y ciudadanos testigos de hechos como el ocurrido el 9 de enero de 1999 en la inspección de El Tigre.

Los relatos que presenté en este artículo muestran que la memoria colectiva genera cohesión y, al menos, cierto nivel de consenso entre los pobladores de El Tigre. Este consenso no es solo respecto al objeto recordado, sino también en relación con ciertos valores y aprendizajes que se recogen en el presente de las víctimas. No obstante, ha de reconocerse que la memoria también es producto de la lucha, por lo cual genera a la vez tensiones sociales y políticas. Esas dos funciones de la memoria: como dispositivo generador de densidad grupal y como campo de lucha, están presentes en la población estudiada.

Reconociendo la importancia decisiva de esa doble dimensión que encierra la memoria, quise destacar el gran impacto que puede tener para los procesos de reconstrucción de las memorias de pasados recientes violentos, abordar la memoria como un espacio de lucha política. Para esto, asumí la memoria como un campo de juego (en los términos otorgados por el sociólogo Pierre Bourdieu), donde diversos agentes e instituciones buscan dominar o subvertir la representación de ciertos pasados y legitimar su posición y condición de narración. Uno de los principales capitales en juego es el poder de enunciación desde una condición o trayectoria social o política particular (la de la víctima, la del sobreviviente, la del testigo, la del gobierno, la de la organización de derechos humanos, o la del juez, entre otros).

Este escenario se caracteriza por la presencia de una “economía general y una administración del pasado en el presente” (Nora, citado en Lavabre, 2007, p. 4). Un espacio que no es neutral, sino de posiciones en litigio y disenso respecto al olvido, al recuerdo, a la reconciliación, a la verdad, a la justicia, al cierre de heridas, al deber de la memoria. Una de esas posiciones en disputa tiene que ver precisamente con la “lucha contra el olvido”, el recordar para no repetir, que es la posición que he asumido como investigador al ubicar como mi locus de enunciación los testimonios de hombres y mujeres de la población de El Tigre. La masacre y posterior ocupación paramilitar de la zona le quitó a la población su derecho a la palabra, pero no su poder de enunciación, lo cual debe revisarse con más detalle, ampliando el horizonte de sentido de las funciones del silencio. Durante muchos años las víctimas de la masacre en El

Tigre no pudieron compartir su experiencia, dar a conocer lo sucedido o denunciar a los responsables.

Las personas con las que compartí en el transcurso del trabajo de campo de esta investigación, así como yo, esperamos que este trabajo tenga el mérito de formar parte de un esfuerzo nacional en Colombia para llevar a cabo una política de la memoria, desde la cual se pueda visibilizar las voces de los grupos afectados por la violencia política en Putumayo, vulnerados en sus más elementales derechos humanos, no solo por las acciones armadas de la guerrilla y los paramilitares, sino también por el propio Estado colombiano y la implementación de políticas represivas y militares en la región.

Por eso este artículo no solo busca dar cuenta de otro punto de vista sobre una región que a lo largo de varias décadas ha sido manejada como botín de recursos que justifican el uso de la fuerza y de la arbitrariedad en cada coyuntura, sino que también se inscribe en la necesidad de romper con la impunidad y la amnesia que reina en el contexto de violencia política colombiana. Estos dos fenómenos —la impunidad y la amnesia— condenan la memoria de las víctimas a la marginalidad, en la medida en que sus relatos son restringidos o suprimidos. Esfuerzos colectivos, institucionales y académicos son necesarios para romper con esas restricciones, pues de cara a la tan anhelada superación del conflicto armado y a la consolidación real de la democracia, la(s) memoria(s) no solo es necesaria, sino imperativa (GMH, 2009).

Finalmente, este artículo quiere mostrar que los ejercicios de lucha memorial siguen siendo un proyecto inacabado y complejo. De cualquier forma, la población de El Tigre sigue avanzando en esta senda, generando lecciones y aprendizajes en un país que apenas comienza a recuperar y procesar en serio los procesos memoriales. Por ello, es posible reconocer que las memorias y las historias políticas de la represión y del terror que producen diversos actores políticos y sociales deben constantemente reactualizarse y pluralizarse, estar siempre abiertas al escrutinio, al debate, a la discusión pública; es más, la memoria debe historizarse continuamente para evitar ambigüedades y falta de coherencia, y la historia debe abrirse a las memorias con el fin de pluralizarse (Dumon, 2007). Ese espacio de deliberación que debe ser el de la memoria y la verdad histórica, lo será en tanto permita producir una conjugación de sentidos y voces múltiples.

Referencias

- Amnistía Internacional (2004). *Colombia. Cuerpos marcados, crímenes silenciados: violencia sexual contra las mujeres en el marco del conflicto armado*. Madrid: EDAI.
- Arzobispado de Guatemala, Oficina de Derechos Humanos (ODAGH) (1998). *Guatemala: Nunca más* (tomo I: Impactos de la violencia). Guatemala: ODHAG.
- Belay, R., Bracamonte, J., Degregori, C. I. y Joinville Vacher, J. (Eds.) (2004). *Memorias en conflicto. Aspectos de la violencia política contemporánea*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, Embajada de Francia en Perú, Instituto Francés de Estudios Andinos, Red para el Desarrollo de las Ciencias Sociales en Perú.
- Bello, M., Martín, E., Millán, C., Pulido, B. y Rojas, R. (2005). *Bojayá, memoria y río: violencia política, daño y reparación*. Bogotá Colombia: Universidad Nacional de Colombia, Unibiblos.
- Bleeker, M., Ciurlizza, J. y A. Bolaños-Vargas (Eds.) (2007). *El legado de la verdad: impacto de la justicia transicional en la construcción de la democracia en América Latina*, Bogotá: Centro Internacional para la Justicia Transicional (ICTJ), División Política IV del Departamento Federalde Asuntos Exteriores Suiza.
- Cancimance, A. (2012). *Memorias en silencio: la masacre de El Tigre, Putumayo. Reconstrucción de la memoria histórica en Colombia*. Alemania: Editorial Académica Española.
- González, J. (2007). Los paramilitares y el colapso estatal en Meta y Casanare. En M. Romero (Ed.), *Parapolítica. La ruta de expansión paramilitar y los acuerdos políticos* (pp. 239-284). Bogotá: Arco Iris.
- Huysen, A. (2002). *En busca del futuro perdido. Cultura y memoria en tiempos de globalización*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Jelin, E. (2002). *Los trabajos de la memoria*. España: Siglo Veintiuno de España Editores, Colección Memorias de la Represión.
- Jelin, E. (2003a). Los derechos humanos y la memoria de la violencia política y la represión: la construcción de un campo nuevo en las ciencias sociales. *Cuadernos del Ides*, 2. Argentina: Instituto de Desarrollo Económico y Social.
- Jelin, E. (2003b). Memorias y luchas políticas. En C. I. Degregori (Ed.), *Jamás tan cerca arremetió lo lejos. Memoria y violencia política en el Perú*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

- Lefranc, S. (2004). ¿Cómo acabar con el desacuerdo?: las Comisiones de la Verdad y Reconciliación como lugar de reconstrucción disensual de la historia. En R. Belay, J. Bracamonte, C. I. Degregori y J. Joinville Vacher (Eds.), *Memorias en conflicto. Aspectos de la violencia política contemporánea* (pp. 193-223). Lima: Instituto de Estudios Peruanos, Embajada de Francia en Perú, Instituto Francés de Estudios Andinos, Red para el Desarrollo de las Ciencias Sociales en Perú.
- Lechner, N. y Güell, P. (2006). Construcción social de las memorias en la transición chilena. En E. Jelin y S. Kautman (Ed.), *Subjetividad y figuras de la memoria* (pp. 17-46). Buenos Aires: Siglo XXI-Iberoamericana.
- Ramírez, M. C. (2001). *Entre el estado y la guerrilla. Identidad y ciudadanía en el movimiento de campesinos cocaleros del Putumayo*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH).
- Ricoeur, P. (1999). *La memoria, la historia y el olvido*. Madrid: Trotta.
- Semelin, J. (2004). Pensar las masacres. En R. Belay, J. Bracamonte, C. I. Degregori y J. Joinville Vacher (Eds.), *Memorias en conflicto. Aspectos de la violencia política contemporánea* (pp. 51-71). Lima: Instituto de Estudios Peruanos, Embajada de Francia en Perú, Instituto Francés de Estudios Andinos, Red para el Desarrollo de las Ciencias Sociales en Perú.

Entrevistas

Entrevista 004: Actor político-mujer. 15 de mayo de 2010.

Entrevista 005: Habitante municipio San Miguel. 23 de mayo de 2010.

Entrevista 008: Habitante inspección de policía El Tigre. 3 de agosto de 2010.

Relatos taller de memorias

Relato 2: Mujer sobreviviente de la masacre del 9 de enero de 1999. 14 de mayo 2010

Relato 3: Mujer sobreviviente de la masacre del 9 de enero de 1999. 14 de mayo 2010

Relato 4: Hombre sobreviviente de la masacre del 9 de enero de 1999. 14 de mayo 2010

Relato 5: Mujer sobreviviente de la masacre del 9 de enero de 1999. 14 de mayo 2010

“Cuando recordamos, todavía hay una parte del corazón que está afectada”...

Relato 6: Mujer sobreviviente de la masacre del 9 de enero de 1999. 14 de mayo 2010

Relato 7: Mujer sobreviviente de la masacre del 9 de enero de 1999. 14 de mayo 2010

Relato 8: Mujer sobreviviente de la masacre del 9 de enero de 1999. 14 de mayo 2010

Relato 9: Mujer sobreviviente de la masacre del 9 de enero de 1999. 14 de mayo 2010